

Felipe Garrido

ULISES Y PROMETEO

VASCONCELOS Y LAS PRENSAS UNIVERSITARIAS



Nos hemos reunido aquí este día, como ustedes y yo sabemos, con el propósito de rendir homenaje al hombre a quien esta Universidad Nacional debe, entre otras cosas, escudo y lema. Todos los días cada uno de los memorandos, circulares, actas, avisos, dictámenes, informes y demás documentos y comunicados que por millares se expiden como parte del papeleo necesario para el funcionamiento de esta casa de estudios termina con la promesa, con la esperanzada profecía que hizo José Vasconcelos: "Por mi raza hablará el Espíritu".

Uno puede imaginar cómo de la infinitamente repetida lectura de esta especie de jaculatoria cada día se desprende un vasto murmullo litúrgico. Y uno tiene algún derecho a esperar que el piadoso ejercicio gane a sus fieles, si no indulgencias, al menos cierta gracia eficiente para apuntalar la fe en nuestra estirpe.

"Por mi raza hablará el Espíritu." Estas seis palabras —que nos presiden desde el minucioso mural de Juan O'Gorman y desde lo alto de la torre de la Rectoría— bien podrían ser, además de nuestro emblema universitario, la divisa del propio Vasconcelos. Nos hablan de las que fueron sus aspiraciones supremas: la formación de una raza nueva, surgida del mestizaje de todos los pueblos de Hispanoamérica, y el fervoroso empeño por alcanzar lo absoluto. Encontrarlas unidas en la insignia de la primera universidad del país nos hace recordar la lucidez con que Vasconcelos comprendía que la educación no solamente modela a una sociedad, sino que es su único sostén posible; el único medio eficaz para alcanzar un verdadero mestizaje y perseguir el ideal.

Por otra parte, esas seis palabras nos descubren, en una súbita revelación, el soberbio escritor que es Vasconcelos. No solamente por la sonora elegancia que tienen, sino por la forma en que nos dejan abortos en la orilla del misterio. Valé la pena, tal vez, abrir un paréntesis que abrace las razones mecánicas de la eficacia que revisten las palabras de Vasconcelos. Que nos muestre cómo después de dos acentos regularmente repartidos, el tercero se adelanta (ooóooóoo) y nos sorprende y, además, abre ante nosotros un territorio arcano que se extiende de manera correspondiente a la forma en que se prolonga la esdrújula final: "Espíritu". Un paréntesis que nos haya ver cómo la estructura rítmica está entibada por la distribución de las vocales: la parte central de la empresa dominada por cinco acentos que se van redoblando con aires de marcha y, de pronto, la sorpresa del tercer acento sobre una i tónica, y de ahí hasta el dilatado final solamente vocales débiles que contribuyen con su coloración a impulsar el trémulo soplo que alienta la frase.

Pero no hemos venido aquí para hacer análisis estilísticos de la prosa de Vasconcelos. Más bien nos interesa examinar su vocación de Prometeo.

Veinte años antes que el *Ulises criollo* Vasconcelos escribió su *Prometeo vencedor*. No nos dejemos engañar por las resonancias que levanta el título: este paradójico Prometeo, liberado del suplicio por la muerte e indiferente casi ante las penalidades del género humano, poco tiene que ver con el prototipo de Esquilo.

Al igual que muchos otros de los ateneístas; al igual que Torri, Reyes o Henríquez Ureña, entre otros, Vasconcelos se interesó en la literatura y la filosofía griegas. Para aquellos jóvenes educados en los rigores del positivismo esa vuelta a los orígenes representaba una revelación y, sobre todo, una liberación. En los veneros clásicos cada quien encontró lo que buscaba o lo que llevaba: Vasconcelos afianzó su fe en lo intuitivo, en lo instintivo y, a un mismo tiempo, en la aspiración al dominio de la voluntad.

Prometeo vencedor es una improbable obra de teatro que carece de interés dramático. Es en realidad un diálogo filosófico donde pesimismo e idealismo se hermanan, escrito por Vasconcelos como una especie de ejercicio terapéutico con el fin de resistir la noticia de que su esposa estaba encinta por segunda ocasión. Vasconcelos no quería tener más que un hijo. Según apuntó después, la nueva le produjo "pena aguda", "sensación de fracaso", "remordimiento", "repugnancia física".¹ Y entonces:

Encerrado en mi habitación meditaba. De pronto me ponía a escribir inepcias que tomaba por himnos a la esterilidad y cantos al placer sin resabio. Culto de la virgen y culto de la cortesana. De estas divagaciones fue saliendo el tema que más tarde usé para mi tragedia *Prometeo vencedor*, burla final del instinto genésico.²

Sentado en una roca, entre el Popocatepetl y el Iztaccíhualt, Prometeo conversa con Satanás. Hablan del sufrimiento fecundo y del goce estéril; de la muerte y la procreación. "Pero si todos sirven no más para crías, ¿hasta cuándo va a surgir el hombre que sea un fin en sí, ya no un eslabón, sino un resultado glorioso?", se pregunta Satanás.³ Cuando aparece un tercer personaje, el Filósofo de la Tierra, la charla incluye otros temas: la nueva humanidad que surgirá en Hispanoamérica, el caos político que la oprime, cómo la simpatía y el gusto acabarán por reemplazar a la fuerza militar en la edificación de los imperios.

En el segundo acto otro personaje, llamado Saturnino, anuncia que la voluntad de vivir ha sido aniquilada: ya no hay niños y el fin del mundo está próximo:

Ponencia leída en el Salón El Generalito, de San Ildefonso, el 28 de abril de 1982, dentro de las Jornadas Vasconcelianas.

Llegamos a la era estética, es decir, a la era en que ya no nos mueve ningún fin extraño a nuestra esencia propia, y tenemos el alma libre para seguir la ruta de sus mejores impulsos... Y fue entonces cuando el alma, sintiéndose libre, se dijo a sí misma: "Ya no más efímeros triunfos sobre el exhausto planeta. La vida de aquí abajo es fea sin remedio; ¡destruyámosla! ¡El espíritu es glorioso, hagámonos tan sólo espíritu!"⁷⁴

Una mujer, madura y fea, busca a un hombre que esté dispuesto a colaborar con ella para poblar nuevamente la Tierra. Sin embargo, Saturnino insiste en que pronto comenzará una nueva era: el reino del espíritu, que es glorioso y eterno, sucederá al vil dominio de la vida.

El tercer acto transcurre en el Himalaya. Quedan en el mundo únicamente tres hombres y dos de ellos mueren, uno en África y el otro en América. Saturnino, que, como ustedes sagazmente habrán deducido, es el tercero, asevera que la Naturaleza ha concluido con su ensayo y que, apenas él muera, todo volverá al caos. En cuanto Saturnino fallece, "sacudido por la emoción, como un viejo cristal que se quiebra", sin embargo, Satanás y Prometeo descubren que el género humano no ha sido totalmente aniquilado: ante ellos llega un nuevo personaje, El Australiano, que les cuenta cómo un grupo de mujeres logró seducir a unos cuantos hombres y después se retiró a vivir a Australia. En ese lugar, "la región más fea y apartada del mundo", renace con tozudo vigor la especie humana, que volverá a enseñorearse de la Tierra.

Prometeo, de nuevo a solas con Satanás, contrasta la naturaleza con el espíritu:

¡La voluntad ha vuelto a bifurcarse, y una de sus ramas, apegada firmemente a la tierra, torna a emprender la aventura de construir sociedades e imperios! ¡Quién sabe qué extraños secretos contenga la masa confusa! ... ¡La ley de la Naturaleza es la repetición indefinida, y la ley del espíritu es variar, mejorando, hasta que conquiste lo Absoluto!

Después explica a Satanás cómo el mal carece de esencia y "por eso para obrar siempre se disfraza de bien. ¡Sólo el bien es el Ser!" Por último, define la función del hombre, eje de la creación: "¡Y así que llegues a ser hombre, recuerda que el hombre es un puente! ¡El puente de plata que liga el reino del mundo con el reino infinito!"⁷⁵

Es probable que algunos de ustedes consideren ahora que nos hemos detenido más de lo estrictamente necesario —y de lo deseable— en este muestra de falta de talento teatral. Intentaré convencerlos de que no es tal el caso. En primer lugar, aun este apresurado resumen, con su lamentable necesidad de esquematizar el argumento y de lanzar asertos excesivamente amplios y contundentes, nos permite advertir la fidelidad vitalicia del autor a ciertos temas y su constancia para perseverar en algunas actitudes. Temas como el de una raza nueva, de tronco americano y español, que hará culminar la evolución del género humano; o como el obstinado anhelo de la consumación en lo absoluto. Actitudes como la de pasar por alto todo aquello —sintaxis o coherencia lógica o fidelidad en los datos, por ejemplo— que no contribuya a la expresión inmediata del pensamiento. En segundo lugar, y quizás esto es lo más importante, *Prometeo vencedor* descubre al pesimista que siempre hubo en Vasconcelos, y que en cier-



Con amigos en Gijón, España

tos momentos de su vida lo sojuzgó. Con el pretexto de ir en busca de la esfera superior del espíritu, la obra es un alegato contra la vida. En los años siguientes, arrebatado por el entusiasmo de la acción, el idealista que también fue Vasconcelos estuvo a punto de disfracar por entero su pesimismo esencial. Pero aun entonces, en el tiempo de construir, por aquí y por allá, en oportunidades diversas, dejó caer de la pluma palabras que desvelan su temor, su repugnancia por la propagación de la vida. Así en 1922, en una de sus pequeñas obras maestras, "Libros que leo sentado y libros que leo de pie", al hablar despectivamente de los hombres razonables, autores, con Aristóteles a la cabeza, de "los libros que nos vuelven a la calma y al buen sentido, los libros que nos engañan", Vasconcelos los acusa de ser "los representantes del rebaño que no quiere morir, y que todavía, además, se encapricha en engendrar..."⁶ Hay una fascinación en Vasconcelos por "el ambiente trémulo de la catástrofe", única circunstancia que permite percibir la verdad; y cuando contemplamos el sinuoso perfil de su existencia podemos preguntarnos hasta qué punto un hombre puede, con el peso de sus hábitos espirituales, si no decidir de manera consciente, si determinar oscura y fatalmente el curso de sus días.

Mas, dejemos de lado a este inicial y equívoco Prometeo que aún no ha llegado a pisar ningún escenario. El otro Prometeo, el rebelde primigenio dispuesto a sacrificarse por la raza de los hombres, sirvió con frecuencia a Vasconcelos como símbolo y como inspiración. Leo, casi al azar, dos de muchos posibles párrafos:

En el hombre siempre durará el empeño de sobreponerse a los obstáculos. Inmortal Prometeo, si aun contra los dioses osó rebelarse, ¿cómo no se había de mantener en guardia contra sus propias creaciones, los sistemas sociales, las doctrinas político-económicas, las modas, las opiniones, los tiempos?⁷

Y después:

Y entonces, en la hora del *Eureka* próximo, cuando se cumpla la justicia terrestre y la dicha embriague a los hombres, entonces será preciso volver a sacudirles la entraña con el puño implacable de Prometeo. La obra del espíritu recomenzará vigorosa el día del banquete fraternal de los pueblos...⁸

En momentos de desolación, el propio Vasconcelos llegó a sentirse trasunto del titán: "encadenado como Prometeo por haber tenido la audacia de querer libertar a su pueblo".⁹

La "otra revolución"

José Vasconcelos fue ministro de Educación durante dos años y ocho meses, desde octubre de 1921 hasta junio de 1924. Fue entonces el tiempo de Prometeo: el de arrebatarse el fuego y sacarlo a la calle, a manos llenas, para repartirlo. Daniel Cosío Villegas, que dedicó muchas páginas al emocionado recuerdo de la cruzada vasconceliana, lo resume de esta manera:

Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, mo-

numentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro y en el libro de calidad perenne; y los libros se imprimieron por millares y por millares se obsequiaron...¹⁰

Detengámonos aquí, en estos millares de libros donde puso Vasconcelos lo mejor de su esperanza.

La educación había sido hasta entonces privilegio de pocos. Se dice, y no hay forma de desmentirlo aunque quizá tampoco de probarlo, que al momento en que Vasconcelos se hizo cargo de la Secretaría de Educación Pública ochenta de cada cien mexicanos no sabían leer ni escribir. La situación era lamentable pero no novedosa: poco se había progresado en este terreno desde los días de Santa Anna, el primero de nuestros presidentes que hizo promesas públicas de combatir el analfabetismo. Sin embargo, la añeja tradición de ignorancia y descuido había sido exacerbada por los años de lucha civil. México era un país en ruinas. La hacienda, la fábrica, el taller, la tienda mostraban las huellas del combate y del abandono... también la escuela. Quedaba el espíritu. Todo estaba dispuesto para la otra revolución: no hacía falta reconstruir lo destruido, sino levantar un nuevo país.

Decir "la otra revolución" no es buscar refugio en la ambigüedad de la metáfora. Como hemos visto hasta ahora y como veremos después en el curso de estas jornadas, esa otra lucha buscaba hacer de una cultura común el eje de una nueva nación, por primera vez consciente y alerta. Sus batallas se libraron en muchos frentes: las misiones culturales y el descubrimiento del arte indígena y la construcción de escuelas y la pintura mural y las conferencias en las fábricas y los conciertos al aire libre y la organización de bibliotecas y el ejército de estudiantes alfabetizadores y las escuelas de arte para obreros y la edición de revistas y de libros y las escuelas rurales y la exaltación de los maestros... y otros más aún. Los alcances de estas tareas rebasaron las fronteras del país y se derramaron por ese continente utópico pero aún ahora posible —aún ahora, cuando la barbarie lo hace parecer tan remoto—, ese continente que ocupa el escudo de la Universidad Nacional.

Vasconcelos tenía un proyecto de hombre y un proyecto de sociedad. Supo además infundir su pasión en la empresa de realizarlos. Inspirado por el distante y sin embargo entrañable ejemplo de los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo, concibió métodos de trabajo que convirtieron su gestión en un vasto proyecto de catequesis, en una cruzada cultural. Como ha dicho José Joaquín Blanco:

La redención mediante la educación exigía el esfuerzo coordinado de tres misioneros: el maestro, el artista y el libro: más aún, cada uno de éstos debía ser también los otros dos: un triple misionero.¹¹

Al igual que en una lucha armada, hacía falta salir a la calle e invadir el país: invadirlo con música, con escuelas, con pinturas, con libros. Enrique Krauze ha destacado "la naturaleza 'activa' del trabajo" que los intelectuales desempeñaban:

La Revolución y los revolucionarios les plantaban la idea —la ilusión dirían más tarde— de que el intelectual debía y podía *hacer* algo por el México que ellos mismos habían visto convulsionado y desangrado.¹²

Manuel Gómez Morín, Carlos Pellicer, Vicente Lombardo



En 1929

do Toledano, Julio Torri, Daniel Cosío Villegas, Miguel Palacios Macedo, Narciso Bassols, entre otros, contagiados del entusiasmo prometeico de la empresa, fueron maestros, conferenciantes, traductores y alfabetizadores. Con ellos colaboraron también intelectuales llegados de otros países, como el peruano Raúl Haya de la Torre, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y la chilena Gabriela Mistral.

El propio Vasconcelos se sumó a la tarea. Cosío Villegas cuenta cómo el ministro viajaba sábados y domingos en su automóvil, con la cajuela repleta de libros que donaría a escuelas o a pueblos:

Vasconcelos, muy típicamente, jamás se cuidó de prevenir a las autoridades del lugar de sus visitas, en buena medida porque le resultaba insufrible la idea de la banda municipal, la fila de estudiantes primarios y del contingente indio acarreado a la fuerza. Más que nada, sin embargo, por disfrutar la sorpresa de llegar de incógnito al pueblo, sacar los libros de la cajuela, encaminarse a la escuela o al ayuntamiento y decir: "Aquí les traigo esto que les hace falta".¹³

Armas peligrosas las que llevaba Vasconcelos en su automóvil. Si de esa "otra revolución" surgió un México diferente no fue por la música ni por las conferencias y ni siquiera por la construcción de escuelas: fue por la campaña alfabetizadora, por las bibliotecas, por las revistas, por los libros; fue por la imprenta. Nada hizo Vasconcelos más importante que poner revistas y libros en manos de gente que antes no los había tenido.

Muchos, sin embargo, no lo comprendieron así. No todo el mundo, por ejemplo, recibió con aplauso aquellas ediciones de los clásicos que, forradas con tela verde —"inglesa", según los anuncios publicados por la Secretaría—, comenzó a producir el departamento editorial, bajo la dirección de Julio Torri. He aquí, como ilustración, un comentario poco cortés:

En lugar de adquirir para la biblioteca obras modernas, se le ocurrió a Pepe repartir cien mil Homeros para remediar el mal, y no terminó allí su entusiasmo: mandó hacer diez y siete ediciones de más de cincuenta mil ejemplares cada una, de las obras de Homero, Esquilo, Eurípides, Platón, Plotino, Dante, Goethe, etc. Adquirió cien mil *Quijotes*.¹⁴

El párrafo anterior, tan poco amistoso, naturalmente fue escrito por un antiguo vasconcelista, Vito Alessio Robles. Apareció en 1938, más de quince años después de los hechos que relata, y más que darlos a conocer su intención era combatir la creciente leyenda del ex ministro, que había sido impulsada espectacularmente por la publicación del volumen inicial de su autobiografía, *Ulises criollo*. Pese a su superficial y ríspida ironía, esas líneas resumen bien las acusaciones que hicieron a Vasconcelos sus enemigos, en especial la de dilapidar el erario en ediciones ridículamente abultadas.

Las cifras que Alessio Robles menciona son hiperbólicas, según veremos. En su descargo podemos decir que la exactitud estadística no parece haber preocupado grandemente a los mexicanos de hace medio siglo —se sumaban o se restaban decenas de miles, alegremente, para impresionar al público en favor o en contra—, y que el mismo Vasconcelos contribuyó a la leyenda de las ediciones masivas aunque, como es fácil comprender, con propósitos diametralmente opuestos a los de su antiguo compañero de partido. La respuesta a Alessio Robles y a otros detractores de las ediciones vasconcelianas llegó en *El desastre*, publicado por Vasconcelos ese mismo año de 1938:

Lo que aquí viene al caso recordar es el escándalo perverso que se produjo cuando empezaron a circular los clásicos. Periodiqueros malévolos, intelectualillos despechados y la porción idiota del público divulgó la ineptia de que era disparatado editar clásicos para un pueblo que no sabía leer. Junto con los clásicos editamos y obsequiamos dos millones de libros de lectura primaria, cientos de miles de textos de geografía y de historia, pero esto lo callaban maliciosamente los detractores y se insistía, se ha seguido insistiendo durante años, en que fue ridículo editar clásicos. No se reflexiona en que no se puede enseñar a leer sin dar que leer. Y nadie ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas.¹⁵

De lo acústico a lo visual

Curiosamente todo el mundo se mostró preocupado por el contenido de los libros. Lo que se defendía o se vituperaba era el hecho de que gente analfabeta estuviese recibiendo ediciones de Homero, Dante o Plotino. Quizá nadie advirtió que lo subversivo y revolucionario era, simplemente, que la gente recibiera libros. En ese momento el contenido resultaba secundario. Lo fundamental era la repentina invasión de la palabra impresa. ¡Lástima que entonces todavía nadie hubiese podido leer a McLuhan!

¿Recuerdan a Marshall McLuhan, el hombre de letras canadiense? Fue él quien nos enseñó que a veces lo más importante no es lo que los medios dicen, sino su naturaleza, esto es, el modo en que aumentan o limitan o dirigen nuestra percepción. Los medios son prolongaciones físicas o psíquicas de las facultades y de los sentidos de los seres humanos. Cuando un medio nuevo acaba por imponerse, al ensanchar un sentido o una facultad a expensas de los demás, provoca alteraciones en el equilibrio de los sentidos, produce una nueva sensibilidad, y modifica la manera en que el hombre percibe el mundo y se relaciona con él.

Los órganos perceptivos más importantes son la vista y el oído, y McLuhan califica convencionalmente como “acústicos” o como “visuales” los rasgos culturales del hombre, según los medios hayan estructurado el equilibrio entre sus sentidos. Hay tecnologías, como la especialización o la imprenta, que requieren un mayor apoyo en el sentido de la vista; el hombre moldeado por tales medios se hace más “visual” en cuanto a su percepción del mundo y para él se reducirá la importancia de los demás sentidos. En cambio, cuando no se encuentra ante medios que exageren el papel de la vista, el hombre se vuelve más acústico y su percepción del mundo se reparte de manera más armoniosa entre todos los sentidos.

El México anterior a Vasconcelos, con su enorme carga de analfabetos, orientado hacia la literatura oral —recuérdese el auge del corrido durante la Revolución—, desprovisto casi de especialistas, era un México “acústico”. Es cierto que su transformación en un México “visual” y tecnificado comenzó antes de la Revolución, durante la etapa de desarrollo industrial que propició el régimen de Porfirio Díaz, pero también lo es que dicha transformación recibió un impulso definitivo a través de los empeños de Vasconcelos y de los vasconcelistas.

¿Qué representa, qué significa este paso de lo “acústico” a lo “visual”? Mientras el oído carece de un enfoque preciso, pues recibe los estímulos que le llegan de todas direcciones, el ojo impone necesariamente un “punto de vista” que subdivide y organiza la realidad en un continuo concatenado en que cada objeto ocupa un lugar preciso.

Mediante el alfabeto, y después mediante la imprenta, dice McLuhan, el hombre recibió un ojo a cambio de un oído. La palabra escrita y aún más la imprenta trasladan una parte de la experiencia humana a un campo visual en que la realidad *permanece* codificada y se hace más susceptible de análisis, de cálculo, de recuento.

Un medio visual como la escritura se basa en la concatenación “lógica” de las ideas y fomenta el concepto de un universo segmentado. El lenguaje mismo fragmenta y serializa la experiencia, pero la escritura y la imprenta refuerzan esta tendencia hacia lo lineal al “visualizar” el habla. La taquigrafía, la notación musical, los cuadros estadísticos, los diagramas, son recursos para *ver* lo que se escucha, se sabe o se siente. La escritura, en cualquiera de sus formas, conduce a la tarea práctica de ensamblar y transmitir ideas y datos, lo cual permite un alto grado de especialización, así como de profundización en los conocimientos. Dice McLuhan, y me parece que es ya tiempo de escucharlo:

Una pluma de ganso acabó con la conversación, suprimió el misterio, nos dio los espacios cerrados y las ciudades, originó caminos, ejércitos, burocracias. Fue la metáfora básica con la que se inició el ciclo de la civilización. El

paso de la sombra a la luz de la mente. La mano que llenaba una página construía una ciudad.¹⁶

Vasconcelos construía un país. Sin embargo, el mismo Vasconcelos-Prometeo estaba convencido de que el fuego que arrebató era la palabra de los clásicos. Nos dice sobre el origen del proyecto:

Una de las novedades introducidas en educación por Lunacharsky la copié cuando me tocó dirigir la educación de México: la publicación de los clásicos. La idea fue de Gorki, plebeyo genial que se acordó de los suyos y se dijo: Hay que abaratar los clásicos... hay que darlos a los pobres... no es justo que sean privilegio de ricos...¹⁷

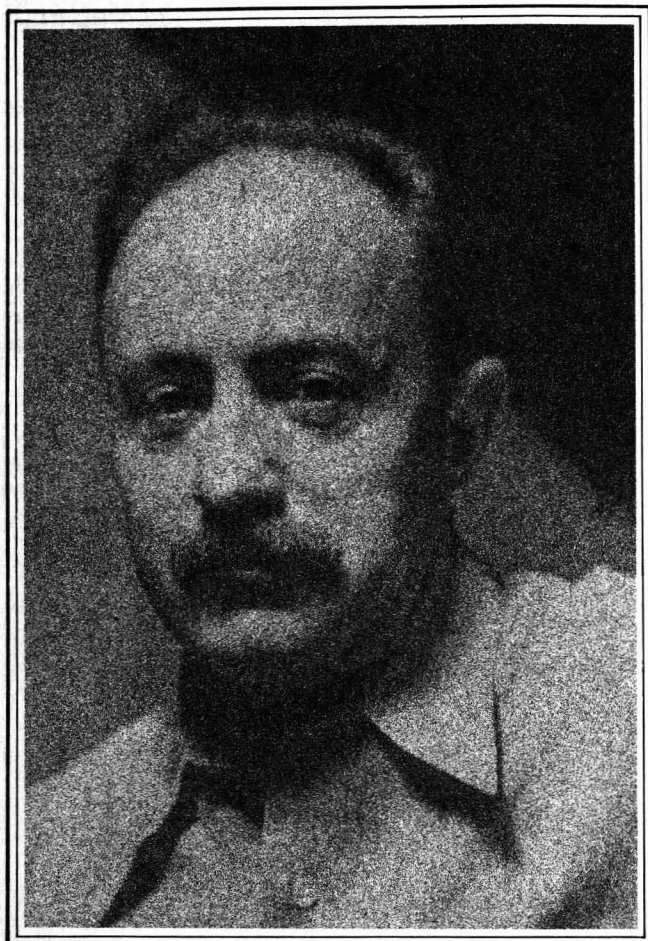
El privilegio auténtico era la palabra impresa. Pero, si había que poner en manos del pueblo textos, que fueran los mejores. No se trataba de que la gente aprendiera a leer para hacerla más estúpida, sino para mejorarla.

Vasconcelos sabía que el tiempo era corto. Trabajó de prisa, con urgencia, apremiado no solamente por la inestabilidad de las circunstancias, sino por el convencimiento de que la tarea misma exigía un cumplimiento inmediato. Alcanzó a completar sólo una pequeña parte del ambicioso plan original, que comprendía más de quinientos títulos repartidos en varias colecciones. Esa “pequeña parte”, sin embargo, fue suficiente para revestir la obra vasconceliana, en conjunto, de un prestigio —resultado de la permanencia que tiene la palabra escrita— que no ha conocido paralelo.

¿Demasiados clásicos?

Tomemos el meollo de aquel programa editorial, los celeberrimos clásicos. Para comenzar, ¿cuáles fueron? Resulta desconcertante, y también un tanto frustrante, el intento de desentrañar este misterio a partir de los biógrafos y los comentaristas de Vasconcelos. Los que pecan por prudencia, como Bar-Lewaw, mencionan vagamente a “los antiguos griegos”, sea lo que fuere lo que eso quiere decir, más Dante, Tolstoi, Rolland, Cervantes, Shakespeare y Lope de Vega;¹⁸ los tres últimos autores —Cervantes, Shakespeare y Lope de Vega— no formaron parte de la serie. (De Lope, sin embargo, se publicó *La muerte de Juan Hidalgo* en dos de los “Folleto de Divulgación Literaria”, y de Cervantes se trajeron de España cincuenta mil *Quijotes* en una edición infantil.) Los estudiosos intrépidos, quizá con el propósito de compensarnos, hacen crecer la lista sin temor. Howard Pugh, por ejemplo, menciona a catorce autores, seis de los cuales son extraños a la colección: Ibsen, Shakespeare, Lope de Vega, Cervantes, Shaw y Pérez Galdós.¹⁹ Los sagaces esquivan el escollo: José Joaquín Blanco, por ejemplo, llega a este punto con un sabio “sumarían millones” que deja implícito un “de haberse publicado”, y a continuación nos abruma con una lista de cuarenta y cinco títulos y autores que, por si fueran pocos, remata con un etcétera que le sirve de puente para enumerar con prolijidad casi pareja una serie de manuales y antologías que termina de nuevo con ese etcétera de utilidad tan probada.²⁰

Alguien que tenga inclinaciones detectivescas y tiempo para hacerlo, encontraría placentero el averiguar cómo fue creciendo, en estudios y biografías, la lista de los clásicos. Quién fue introduciendo cada nuevo nombre —otros dos favoritos son Sófocles y Calderón— y quién los fue tomando para repetirlos y aumentarlos. Algo aprenderíamos acerca



de cómo hacemos nuestra historia y nuestros mitos. En la contratapa de una antología publicada el año pasado por la propia Secretaría de Educación Pública se lee que Vasconcelos “editó una completísima serie de ‘Clásicos de la Literatura Universal’.”²¹ La “completísima serie”, según dice Vasconcelos en uno de los textos que recoge esa misma antología —y según lo recordó, como vimos, con buena memoria, Vito Alessio Robles—, estaba compuesta por un número de títulos más bien modesto:

Diecisiete fueron los tomos terminados y repartidos, a saber: la *Ilíada* y la *Odisea*; Esquilo y Eurípides; tres tomos de Platón; los Evangelios; dos tomos de Plutarco; la *Divina comedia*; *Fausto*, de Goethe; *Selecciones fundamentales*, de Tagore; las *Vidas*, de Romain Rolland; Plotino, por primera vez casi completo en castellano.²²

Si ustedes padecen alguna afición por las matemáticas y si la cultura “visual” en que vivimos no les ha embotado la capacidad de seguir con verdadera atención una lista como la anterior, habrán ya descubierto que Vasconcelos mencionó sólo dieciséis y no diecisiete volúmenes. Todos ellos obras que él, en lo personal, admiraba fervorosamente, al igual que la faltante —¡olvido inexplicable!—: un tomo de *Cuentos* de Tolstoi.

¿Cuántos ejemplares de los clásicos se imprimieron? Tampoco esto se conoce con exactitud. Al llegar aquí las noticias suelen reducirse a expresiones como “miles de volúmenes”,²³ o “se editaron masivamente”,²⁴ o “se imprimieron obras clásicas en número suficiente para hacer posible su

más alta difusión”.²⁵ Alicia Molina cede a la tentación del mito y afirma que las ediciones de los clásicos fueron de cincuenta mil ejemplares.²⁶ Vito Alessio Robles va más lejos y dice que fueron “de más de cincuenta mil ejemplares cada una”, con el propósito evidente de ridiculizar la colección.²⁷

El propio Vasconcelos es de poco auxilio: en *Indología*, que apareció en 1926, recuerda que eran ediciones “de veinte o de veinticinco mil ejemplares”,²⁸ pero en *El desastre*, que es de 1938, asegura que se hicieron “diecisiete ediciones de más de veinticinco mil volúmenes la mayor parte de ellas”²⁹ —lo cual resulta bastante razonable y coherente—; sin embargo, al referirse a la edición del *Quijote* que se compró en España, declara haber adquirido lo mismo cincuenta mil (*Indología*) que cien mil ejemplares (*El desastre*).

Según los informes del presidente Obregón, en 1923 se distribuyeron 50 000 ejemplares, y 54 013 en 1924, lo que da un total de 104 013 volúmenes durante esos dos años. Si tal cifra corresponde a los nueve títulos aparecidos en el mismo tiempo —ya que los ocho primeros fueron publicados a lo largo de 1921 y 1922—, el tiro promedio es de 11 557 ejemplares. En cambio, si dicha cifra representa el tiro total —al fin y al cabo puede haber una gran distancia entre imprimir un libro y distribuirlo—, a cada título le corresponderían en promedio sólo 6 118 ejemplares. En todo caso, estamos muy lejos de los 850 000 libros que habrían producido diecisiete ediciones de 50 000 ejemplares cada una. Lo más probable es que no todas las ediciones hayan tenido el mismo tiraje: las iniciales, de Homero, seguramente fueron mayores, y podemos presumir que las realizaciones al final de la gestión de Vasconcelos, como la de Plotino, fueron más reducidas. (Julio Prieto, hijo de Valerio Prieto, quien tuvo a su cargo la tipografía y las ilustraciones de muchos de los libros publicados por la Secretaría en esta época, le contó a Ali Chumaceiro, a quien debo esta información, que de las obras de Plotino se imprimieron ochocientos ejemplares.)

Como quiera que fuese, la influencia de esos clásicos se extendió por todo el continente y quien hoy en día posee algunos de esos libritos forrados en percalina verde y editados con el pie editorial de la Universidad Nacional los atesora con la veneración con que se conservan las reliquias. Por cierto, vale la pena recordar aquí un posible eco literario de los clásicos de Vasconcelos: el viejo librero catalán que en *Cien años de soledad* regala libros de Séneca y de Ovidio a los alumnos de la escuela primaria y del cual dice García Márquez que “su fervor por la palabra escrita era una urdimbre de respeto solemne e irreverencia comadrera”.

No todo se redujo a los clásicos, por supuesto. Otras colecciones publicadas por la Secretaría fueron las siguientes:

“Tratados y Manuales”, que hasta julio de 1923 comprendía seis volúmenes, entre ellos el *Tratado de dibujo* de Adolfo Best Maugard y el primer tomo —único publicado— de los *Principios críticos del virreinato de la Nueva España*, de Agustín Rivera.

“Textos para las Escuelas Primarias”, que incluían, entre otros, la *Historia patria*, de Justo Sierra.

Por último, los “Folletos de Divulgación Literaria”.

Los precios iban desde 2.50 pesos que valía *Las cactáceas de México*, de Isaac Ochoterena, con 179 páginas profusamente ilustradas, hasta 10 centavos, con los que podía comprarse el silabario de Ramírez, *Método racional de escritura y lectura*, o la colección de los cuatro “Folletos de Divulgación Literaria”. Los volúmenes de los clásicos, al igual que los “Tratados y Manuales” —con la excepción de *Las cactáceas*— y que la *Historia* de Sierra se vendían a peso, aunque por ahí dice Vas-

concelos que su precio era de 50 centavos y no ha faltado quien propague tal falacia. Para este momento ya tenemos datos de sobra para saber que esas minucias estadísticas a las que solemos conceder ahora tanta importancia no la tenían para Vasconcelos. Lo que a él le importaba eran las grandes corrientes, los lineamientos generales, los resultados globales. Bajo esa luz hay que entender lo que sigue:

el mismo Departamento Editorial editó antes de los clásicos o junto con la colección de clásicos un millón de libros elementales de lectura, medio millón de folletos educativos, más de dos millones de cartillas para la enseñanza de las primeras letras...³¹

La facilidad con que Vasconcelos deja caer millones de volúmenes no debe sorprendernos ni alarmarnos. Aunque los tirajes fueron sustancialmente menores, comparados con los que se acostumbraban en ese tiempo, generalmente por debajo de mil ejemplares, resultaban abrumadores, y Vasconcelos no exageró al afirmar que aquella fue "la primera inundación de libros que conoce nuestra historia".³²

Frente a esa inundación de libros algunos editores protestaron y dijeron que el Estado competía deslealmente con ellos —una queja que han repetido después en otras ocasiones—; Vasconcelos respondió que les estaba abriendo nuevos mercados. Bueno, no lo dijo con esas palabras, pero les contestó, y con verdad, que sus ediciones buscaban crear hábitos de lectura y que eso beneficiaría directamente a los propios editores que se quejaban, lo que viene a ser lo mismo.

Clásicos para niños y para mujeres

Hubo otros dos libros, excepcionales, que aparecieron después de que Vasconcelos dejó la Secretaría, pero que se prepararon bajo su gestión: las *Lecturas clásicas para mujeres*, compilado por Gabriela Mistral, y las *Lecturas clásicas para niños*.

Vasconcelos consideraba que la nueva época que vivía el país y sus nuevas circunstancias —por ejemplo, la Revolución había diezmando la población masculina— requerían que la mujer tuviese una nueva función. Gabriela Mistral, que permaneció en México poco más de dos años, se convirtió en modelo para las generaciones de maestras que a partir de entonces comenzaron a trabajar. El libro que ella preparó —apareció en 1924— quedó como guía para un magisterio en que la educación se ejercía con acento maternal. Contra las críticas de quienes se sentían sorprendidos u ofendidos porque ese papel recaía en una extranjera, Vasconcelos sostuvo el argumento de la gran patria común que era el continente, y por supuesto el inobjetable que representaba la capacidad de la propia Gabriela Mistral. Por primera vez, como maestra, la mujer tuvo en México una función importante en la vida política del país, y es revelador que dicha función se encontrara apoyada en un libro. Las ideas de Gabriela Mistral y aun la orientación de los textos que recogió en su antología difícilmente podrán parecernos ahora progresistas —su idea del patriotismo femenino, por ejemplo, era "la maternidad perfecta"—, pero en su tiempo lo fueron.

Lecturas clásicas para niños, en cambio, permanece como uno de los mayores aciertos editoriales y uno de los más hermosos libros que se han producido en México. Tanta belleza, sin embargo, no resultó del agrado de Vasconcelos —quien ya había dejado la Secretaría—, pues le pareció que una obra tan lujosa y grande —es un libro de gran formato— se avenía mal con el uso infantil.

Lecturas clásicas para niños fue un libro que buscaba ofrecer un manual de lectura que no quedase por debajo de las posibilidades de la imaginación infantil. En el Prólogo, Vasconcelos defendió la necesidad de dar a los niños esa clase de lecturas:

Es menester desechar el temor de los nombres que no se comprenden bien: la palabra *clásico* causa alarma; sin embargo, lo clásico es lo que debe servir de modelo, de tipo, lo mejor de una época... ¿Por qué ha de reservarse eso para los hombres maduros que frecuentemente ya no leen? ¿Y por qué a los niños se les ha de dar la basura del entendimiento únicamente porque nosotros suponemos que no entienden otra cosa?³³

En seguida relató por qué se decidió realizar la obra:

¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? ¿Dónde están en castellano los bellos cuentos, las adaptaciones de Shakespeare y de Swift, de Grecia y Roma, que andan en las manos de todos los niños ingleses?... Se hace menester... fabricar los libros; así como es necesario construir los edificios de la escuela. Y aquí está el presente libro...³⁴

Los textos de estas *Lecturas*, que incluyen "los más notables sucesos, los mejores ejemplos y las más bellas ficciones que han producido los hombres", según la frase final del Prólogo, fueron seleccionados y adaptados por dos equipos de redactores. En el primer tomo, que se terminó de imprimir en octubre de 1924, colaboraron, de acuerdo con el colofón de la obra, Gabriela Mistral, Palma Guillén, Salvador Novo y José Gorostiza. En el segundo, concluido en junio de 1925, lo hicieron Jaime Torres Bodet, Francisco Monterde, Xavier Villaurrutia y Bernardo Ortiz de Montellano. Ambos tomos fueron ilustrados con primor y detalle —cabeceras, capitulares, viñetas, además de policromías a página entera— por Roberto Montenegro y Gabriel Fernández Ledezma.

Los dos tomos incluyen, en orden cronológico, leyendas de la India; cuentos de las *Mil y una noches*; episodios de la mitología griega, de la *Ilíada* y la *Odisea*; pasajes bíblicos, del *Cid* y del *Quijote*; leyendas francesas y alemanas de la Edad Media; un milagro de San Francisco de Asís; *El rey Lear* y *La tempestad*; cuentos de hadas; leyendas prehispánicas; episodios del descubrimiento de América y de la caída de Tenochtitlan; vidas de los insurgentes de Iberoamérica, y cuentos de Tolstoi, Wilde, Tagore y Schwob. Como sucede siempre con la mejor literatura infantil, son textos abiertos al solaz, la curiosidad y la pasión de todo buen adulto.

El maestro

No obstante el encanto y la vigencia de las *Lecturas clásicas*; no obstante el peso enorme que la edición de los clásicos ha ejercido durante seis decenios hasta llegar a nosotros, la publicación más importante y más original de la gestión de Vasconcelos fue la revista *El Maestro*. De abril de 1921 a julio de 1923, las catorce entregas de este periódico —las diez primeras fielmente mensuales, las cuatro últimas aparecidas a lo largo de quince meses— fueron el argumento más amplio y convincente en favor del proyecto de Vasconcelos para una cultura nacional y, además, en favor de una cultura compro-



metida con el bienestar social. Dice Vasconcelos en "Un llamado cordial", al frente del primer número de la revista:

El único principio que servirá de norma a los que aquí escriban y a los que seleccionan el material que ha de publicarse en nuestro periódico es la convicción de que no vale nada la cultura, de que no valen nada las ideas, de que no vale nada el arte, si todo ello no se inspira en el interés general de la humanidad, si todo ello no persigue el fin de conseguir el bienestar relativo de todos los hombres, si no asegura la libertad y la justicia, indispensables para que todos desarrollen sus capacidades y eleven su espíritu hasta la luz de los más altos conceptos.³⁵

Y algo más adelante:

Aún la historia, el pasado mismo, nos demuestran que cada pueblo se distingue y alcanza poderío, únicamente cuando ha logrado organizarse conforme a bases de justicia; sólo cuando todos o casi todos sus habitantes han sido libres y fuertes, igualmente libres y fuertes, no sólo en los derechos teóricos, sino también en las posesiones materiales y en la educación personal. Libres e iguales, en una gran mayoría de su población eran los griegos, cuando pudieron derrotar a los persas, que eran millones, pero millones de siervos.³⁶

El Maestro estuvo dirigida por Enrique Monteverde y por Agustín Loera y Chávez en sus primeras seis entregas; después quedó a cargo de ella el primero, durante las últimas

ocho entregas, de noviembre de 1921 hasta el final. La revista era gratuita y su tiro, según dice Vasconcelos en lugares distintos, pudo haber sido lo mismo de 50 000 que de 60 000 y aun de 75 000 ejemplares. Lo más probable es que haya variado de un número a otro. Su finalidad era llegar a los muchos, con el propósito constante de elevarlos:

Publicaremos los hechos que interesan a la generalidad, las verdades que son la base de la justicia social, las doctrinas que se proponen hacer del hombre el hermano del hombre y no su verdugo. Y daremos a conocer las expresiones de la belleza que es eterna y no de la belleza pueril que los hombres fabrican y las modas cambian. ¡Verdad, Amor y Belleza, Belleza Divina, tal sea el lema radiante de los que en esta publicación escriban!³⁷

¡Y vaya si escribieron los colaboradores de *El Maestro*! Lo hicieron sobre todos los temas imaginables: teorías económicas y cuentos infantiles; natación, teoría de la relatividad y poesías; la importancia del baño diario, orientaciones sindicales e historia universal; los peligros del alcoholismo, el cultivo del garbanzo y lecciones de dibujo; vegetarianismo, arqueología y las ventajas del buen humor; las artes populares, historia patria y la energía solar; la maquinaria agrícola moderna, la gimnasia rítmica y los diálogos de Platón... La lista podría continuar. Se buscaba un equilibrio de materias y de niveles; una revista que tuviera interés lo mismo para el público más elevado que para los alumnos de las escuelas; que fuera útil para la familia, ofreciera material de lectura ameno y promoviera el arte y la historia nacionales.

Casi todos los escritores importantes de México y los que pronto comenzarían a serlo participaron en la empresa: Enrique González Martínez, Jesús Urueta, Ramón López Velarde —"La suave Patria" apareció en *El Maestro* el mismo mes en que murió el poeta— Alfonso Cravioto, Julio Torri, Ezequiel A. Chávez, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Carlos Pellicer, José Juan Tablada, entre muchos más, y por supuesto José Vasconcelos y el mismo Alvaro Obregón, si bien este último se mostró parco y publicó solamente un artículo.³⁸

Además de los escritos de los autores mexicanos, *El Maestro* publicó traducciones o dio a conocer textos en español de numerosos escritores extranjeros. Por ejemplo Unamuno, Martí, Heredia, Blanco Fombona, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Benavente, Horacio Quiroga, Alfonsina Storni... Y también H. G. Wells, Poe, Emerson, Nietzsche, Andersen, Selma Lagerlöf, Papini, Gorki, Anatole France, Pestalozzi... Y, naturalmente, aquellos a quienes Vasconcelos admiraba con fervor especial, como Virgilio, Platón, Rolland, Tolstoi, Tagore, Esquilo, Shakespeare o Walt Whitman. Y al lado de esto, una preocupación especial por promover la literatura española del Siglo de Oro, así como por difundir y revalorar la poesía de sor Juana, a quien había rescatado del olvido, en 1910, el poeta Amado Nervo.³⁹

Años más tarde, en 1938, cuando Vasconcelos publicó *El desastre*, dijo que *El Maestro* tenía "propósitos de resurgimiento moral y político del mundo latino frente a las naciones poderosas del momento", y recordó las razones que acabaron con el periódico:

La revista *El Maestro* había llevado la fama de un México culto a todos los pueblos civilizados. Distribuíamos setenta y cinco mil ejemplares. Y aunque nunca alcanzó el pe-



riódico una alta calidad filosófica o literaria, ni era su objeto revelar talentos nuevos, sí prestó eminentes servicios en la divulgación de la cultura básica y en la propaganda mexicana en el extranjero.

—En un tranvía de Londres vi a una persona que leía *El Maestro* —me dijo en cierta ocasión un amigo viajero. Y mis viajes posteriores por España y por el sur me revelaron la existencia de no pocos amigos ganados por las dos empresas más discutidas de mi gestión, la publicación de *El Maestro* y la edición de los clásicos. Envenenaron, sin embargo, el ánimo de Obregón diciéndole lo que se murmuraba en público, que *El Maestro* me hacía propaganda, lo que niego señalando su texto. El hecho es que con pretexto de que se necesitaba dinero para la guerra se suprimió la partida que sostenía la revista.⁴⁰

El 30 de junio de 1924 el presidente Obregón finalmente aceptó la segunda renuncia —había rechazado la primera, seis meses antes— que le presentó Vasconcelos, quien dejó la Secretaría de Educación Pública para marcharse a Oaxaca, donde sufrió su primer descalabro electoral como aspirante a gobernador. Los originales de los clásicos y de otras colecciones que estaban en preparación fueron destruidos. La revista *El Maestro* había sido suspendida un año antes. Vasconcelos se vio orillado a plantearse la pregunta obligada: ¿Fue todo un sueño?

Si lo fue, nosotros sabemos que fue un largo sueño del que aún no hemos despertado, pues de muchas maneras vivimos todavía bajo múltiples influencias de la obra vasconceliana.

No se ha extinguido el fuego de aquel Prometeo. Quedan los edificios y las instituciones; quedan las sinfonías y los muros pintados, como estos de Orozco que bajo los arcos de piedra prenden fuego al patio de San Ildefonso; hay aún, por el vasto territorio nacional, misiones culturales aplicadas al trabajo de todos los días; queda, para el magisterio y para el país, un ideal de educación que fue fraguado entonces; quedan los libros y la leyenda de los libros y la resonancia de aquellos libros en nuevas empresas que han crecido... Queda, sobre todo, de pie, la promesa. La promesa, con su oscura e imprevisible fuerza de oráculo, con la cual quiero ahora cerrar esta apresurada remembranza: compañeros universitarios, “Por mi raza hablará el Espíritu”.

Notas

1. *Ulises criollo*, Obras Completas, Libreros Mexicanos Unidos, México, 1957, t. I, p. 621.
2. *Ibid.*, p. 622.
3. *Prometeo vencedor*, OC, t. I, p. 250.
4. *Ibid.*, p. 266.
5. *Ibid.*, pp. 283-286.
6. “Libros que leo sentado y libros que leo de pie”, *Divagaciones literarias*, 2a. ed., Edit. América Latina, México, 1922, p. 13.
7. *Pesimismo alegre*, OC, t. I, p. 233.
8. *Ibid.*, p. 235.
9. *El proconsulado*, OC, p. 308.
10. Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, Editorial Hermes, México, pp. 141-142.
11. José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 102.
12. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1976, p. 105.
13. Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 89.
14. Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, Ediciones Botas, México, 1938, p. 78.
15. *El desastre*, OC, t. I, p. 1253.
16. Marshall McLuhan, *Contraexplosión*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969.
17. *El desastre*, OC, t. I, p. 1254.
18. Itzhak Bar-Lewaw Mulstock, *José Vasconcelos. Vida y obra*, Editora Intercontinental, México, 1965, p. 136.
19. William Howard Pugh, *José Vasconcelos y el despertar del México moderno*, Editorial Jus, México, 1958, p. 34.
20. J.J. Blanco, *op. cit.* pp. 104-106.
21. *José Vasconcelos: textos sobre educación* (antología y prólogo de Alicia Molina), Secretaría de Educación Pública, México, 1981.
22. *Ibid.*, pp. 176-177.
23. Bar-Lewaw, *op. cit.*, p. 136.
24. J.J. Blanco, *op. cit.*, p. 104.
25. Rebeca Shvatsky Gaj, “José Vasconcelos, educador y biógrafo de su
26. *José Vasconcelos: textos sobre educación*, p. 28.
27. V. Alessio Robles, *op. cit.*, p. 78.
28. *José Vasconcelos...*, p. 177.
29. *El desastre*, OC, t. I, p. 1253.
30. *José Vasconcelos...*, p. 177, y *El desastre*, OC, t. I, p. 1253.
31. *José Vasconcelos...*, p. 177.
32. *Ibid.*, p. 179.
33. *Lecturas clásicas para niños*, edición ficsimilar, Secretaría de Educación Pública, México, 1971, t. I, p. XII.
34. *Idem.*
35. *El Maestro*, I, 1, 1921, p. 5.
36. *Ibid.*, p. 6.
37. *Ibid.*,
38. “La verdad y el error en la vida americana”, en *El Maestro*, III, 4-5, 1923, pp. 402-403.
39. *Juana de Asbaje*, Hernández, Madrid, 1910.
40. *El desastre*, OC, t. I, p. 1428.

Agradecimiento: Debo a la generosidad de José Luis Martínez, Alí Chumaceiro y Elías Trábulse, la oportunidad de consultar buena parte del material necesario para la redacción de este trabajo. Agradezco a Alvaro Matute la invitación para participar en las Jornadas Vasconcelianas.